

# EL CERVANTISMO DE JOSE BLANCO WHITE (ENTRE LA NOVEDAD ROMANTICA Y LA DEUDA ILUSTRADA \*

por ROGELIO REYES CANO

Es conocida la atención que Blanco White dispensó a la literatura española del pasado. Lector atento y perspicaz, según nos cuenta en su *Autobiografía*, desde sus mismos años juveniles, desarrolló también una verdadera labor crítica cuyos frutos se vieron sobre todo en el periodo *Varietades*, que Blanco editó por su cuenta en Inglaterra en los primeros años de la década de 1820. En esa especie de revista ilustrada, destinada en especial a los lectores de la antigua América española, emancipada en buena medida gracias a la acción intelectual del propio autor sevillano, fue publicando una serie de artículos dedicados a autores y obras literarias españolas del pasado, sobre todo de la Edad Media y el Siglo de Oro: el infante Don Juan Manuel y su *Conde Lucanor*, *La Celestina*, *la Historia del Gran Tamorlán*, Garcilaso, Lope de la Vega... y naturalmente Cervantes<sup>1</sup>, al que dedicó

---

\* Con este artículo del académico Sr. Reyes Cano, que fue presentado como disertación en una de nuestras sesiones y que será publicado también en el homenaje a D. Francisco Aguilar Piñal que, con motivo de su jubilación, prepara el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras desea sumarse a dicho homenaje y manifestar así su reconocimiento a quien fue en su día miembro de número y en la actualidad es Correspondiente en Madrid de nuestra Corporación.

1. Sobre el conocimiento crítico que Blanco tenía del pasado literario español véase sobre todo el libro de Vicente Llorens, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra* (1823-1834), pp. 386-408, y mi trabajo «Blanco White y la literatura española», *Archivo Hispalense*, número monográfico dedicado a José Blanco White, LXXV (1993), pp. 89-104.

numerosos comentarios, no sólo en *Variedades* sino en otros trabajos que después iremos viendo.

Esa atención de Blanco por Cervantes es una muestra más de la revalorización que de la obra del gran escritor áureo, y en particular del *Quijote*, habían llevado a cabo los críticos y autores dieciochescos, sobre todo los ingleses, quienes dejaron de leer la obra como un simple libro de risa para detectar en él una trascendencia satírica y hasta una ambigüedad intencional enteramente nuevos. Como subraya J. Álvarez Barrientos, «bajo su admonición, los novelistas europeos del XVIII reflejan el proceso de relativización del conocimiento, abren a los lectores el mundo de la experiencia e inician una nueva forma narrativa que, hoy en día, es la que más éxito tiene entre el público lector»<sup>2</sup>. Son muy pocos, sin embargo, los autores españoles de la Ilustración que definen al *Quijote* como una novela en sentido estricto, es decir como un libro conformado por el placer de la ficción. Más bien tienden a verlo como un texto moralizante, que cuestiona no sólo el estéril lastre imaginativo de los libros de caballerías sino las mismas costumbres de la España de su tiempo. Ello explica que en el XVIII se utilice como «modelo para criticar todo aquello que el autor de la imitación le resulte censurable. De este modo, encontraremos imitaciones del *Quijote* que se refieren al teatro, a la literatura, a la industria, a los piscatores, a la educación, al filosofismo, a casi todo»<sup>3</sup>. Y que «paradójicamente, el siglo anti-novelesco exalte hasta límites de veneración la genial novela que destruye la inverosímil, mágica e irracional novela de caballerías»<sup>4</sup>.

No van precisamente por esa vía antiimaginativa los mejores juicios de Blanco White sobre el *Quijote*. Como luego veremos, sin sustraerse del todo a la visión moralista de extracción ilustrada, mirará la obra de Cervantes con ojos mucho más modernos, afines ya a una estética enteramente romántica y por lo tanto defensora de la imaginación. Pero esa postura final será el resultado de una sostenida

---

2. *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Júcar, 1991, p. 26. Sobre la visión dieciochesca del *Quijote* pueden consultarse también los trabajos de F. Aguilar Piñal, «Un comentario inédito del *Quijote* en el siglo XVIII», *Anales cervantinos*, VIII (1959-60), pp. 307-319 y «Cervantes en el siglo XVIII», *Anales cervantinos*, XXI (1983), pp. 153-163. Asimismo el libro de Ana Luisa Baquero Escudero, *Una aproximación neoclásica al género novela. Clemencín y el «Quijote»*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1988.

3. J. Álvarez Barrientos, op. cit. p. 124.

4. F. Aguilar Piñal, «Cervantes en el siglo XVIII», op. cit. p. 161.

familiaridad con el *Quijote* que Blanco iniciaría en sus mismos años infantiles. Conviene, pues, contar la historia desde el principio.

El primer contacto de Blanco con el *Quijote* tuvo lugar en sus años infantiles, y si damos crédito a lo que nos cuenta en su *Autobiografía*, fue leído con cierto espíritu clandestino y transgresor, contrariando la voluntad paterna. Fue a poco de cumplir los catorce años, inclinado ya a los estudios sacerdotales:

«Mi desconocimiento de otras materias (aparte de la Filosofía), aunque no mayor que el normal de mi edad y condición, era total. El único libro que había podido leer era la vida de los santos, en la traducción española del *Année Chretien*, libro devoto de gran circulación. El maestro de música que me daba clases particulares... me prestó un ejemplar del *Quijote*, que leí a escondidas. No recuerdo satisfacción y placer más grande que el que experimenté cuando, teniendo buen cuidado de ocultar el *Quijote* a la inspección de mis padres, me lo devoraba a escondidas en la pequeña habitación que me habían designado para que pudiera estudiar con sosiego. Porque aun el *Quijote* estaba considerado por mi padre como libro peligroso»<sup>5</sup>.

Esa lectura casi juvenil del libro de Cervantes le produjo ya una fruición por el *Quijote* que no había de abandonar nunca. Y se configura como el segundo episodio lector verdaderamente significativo de los primeros años de Blanco, pues el primero de esos episodios fue la lectura del *Telémaco* de Fénelon, leído, según nos cuenta él mismo, a los seis o siete años de edad, de suerte «que casi me lo sabía de memoria. El efecto que produjo en mi imaginación fue poderosísimo, pero su influencia no se limitó a esta facultad. Es un hecho curioso que mi primera duda sobre la verdad del cristianismo se originara con la lectura de aquel libro poco antes de que cumpliera los ocho años»<sup>6</sup>. Es muy significativa, dentro de la mentalidad dieciochesca, esta curiosa conexión que en el niño Blanco se establece entre el libro de Cervantes y el de Fénelon, aunque sólo sea, lógica-

5. *Autobiografía de Blanco White*, ed. de Antonio Garnica, Sevilla, Universidad, 1975, p. 30.

6. *Autobiografía*, ed. cit. p. 37.

mente y por razones de edad, en el plano de la lectura desinteresada y azarosa, muy lejos todavía de cualquier intención crítica. El *Telémaco* fue un libro muy leído en la España del siglo XVIII, y a pesar de su carácter imaginativo, fabulador y viajero (que es como debió leerlo el niño Blanco) fue entendido más bien como una obra de moral y utilidad, destinada, no ya a la formación de príncipes, su finalidad originaria, sino como manual aprovechable para la formación de los jóvenes de la época.<sup>7</sup> Y en esa línea de pensamiento está el Blanco maduro que en su «Discurso sobre la poesía» pronunciado en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla escribe que «Fenelón hizo una obra perfecta si sólo pretendió, como creemos, hacer un bello tratado de educación; pero se hubiera quedado muy inferior a su deseo si hubiera pretendido formar un poema épico»<sup>8</sup>. Lo que interesa ahora subrayar no es esa lógica contradicción entre lo que vio en el *Telémaco* el niño Blanco, fascinado por la belleza de las fábulas mitológicas, y lo que entendió más tarde el Blanco maduro, influenciado sin duda por la lectura moralista del libro vigente en la España de la segunda mitad del XVIII. Más importancia tiene el curioso azar de que en su formación primera la obra de Fénelon coincidiera con el *Quijote*, ya que en más de una ocasión uno y otro texto fueron comparados por la crítica literaria de la época, sin duda para ponderar el mérito del libro cervantino, capaz de soportar el parangón con otros libros considerados prestigiosos. Ése fue el caso de Cándido María Trigueros, quien en 1761 diserta sobre ese tema en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, criticando el exceso de imaginación del libro francés y ponderando lo que el *Quijote* tenía de verosímil, de realista y de alejado de la ficción<sup>9</sup>. Esa atención de los académicos ilustrados de Sevilla hacia el libro de Fénelon, en clara relación con el *Quijote*, explica, sin duda alguna, el prestigio que los dos textos tenían en los años juveniles de Blanco. Que los dos estén en la base de su formación literaria no deja de ser una coincidencia consecuente con

---

7. Véase a este respecto J. Alvarez Barrientos, op. cit., pp. 188-197.

8. En Vicente Llorens, J. Blanco White, *Antología de obras en español*, Barcelona, Labor, 1971, p. 177.

9. Esta disertación de Trigueros ha sido detenidamente estudiada por F. Aguilar Piñal en «Un comentario inédito del Quijote en el siglo XVIII», op. cit. y más recientemente en su libro *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987, pp. 315-317.

el estado de cosas en el mundo de los gustos y de la crítica literaria contemporánea.

Pero la alta estima en que Blanco tenía a Cervantes fue creciendo con el tiempo y se hizo patente sobre todo en su autoexilio inglés. Comentando las novelas de Walter Scott, de las que da cuenta como primicia a los lectores de *Variedades*, refiere la siguiente anécdota en elogio del autor del *Quijote*: «Cuéntase, no sabemos con qué razón, de un rey de Inglaterra, que habiendo movido a uno de sus cortesanos a aprender español, cuando éste se le presentó en breve tiempo, ufano de entender perfectamente aquella lengua, y con esperanzas de ir por embajador a España, el rey se contentó con darle la enhorabuena de que ya podía tener el gran gusto de leer a Cervantes. Semejante pláceme pudiera dar en el día al que aprendiese inglés de modo que pudiera entender bien y fácilmente la serie de novelas que han salido en nuestros días y que se conocen aquí con el nombre general, aunque no bien apropiado, de *Novelas Escocesas*»<sup>10</sup>. En relación con la literatura española, Blanco fue de los primeros que acuñó el tópico de *La Celestina* como la segunda obra en importancia de nuestra historia, después del *Quijote*, naturalmente. Y llegó incluso a detectar entre los dos autores una línea de continuidad y una sintonía estilística, «de modo que es imposible leer esta obra (*La Celestina*) sin tener presente, a cada paso, a aquel incomparable hombre [Cervantes], honor de los que hablan la lengua castellana»<sup>11</sup>. Similitudes que se derivan, a juicio de Blanco, del hecho de que tanto Rojas como Cervantes fueron maestros en pintar las costumbres de sus respectivos tiempos, y que «ni en lenguaje, ni en sentimiento, ni en nada de cuanto distingue a un escritor de otro, se halla la menor variación. Todo es paño de una misma tela»<sup>12</sup>. Y hasta relaciona el deseo de Rojas de celar su nombre con la invención cervantina de Cide Hamete Benengeli<sup>13</sup>. Blanco está reflejando aquí, claro está, el punto de vista dieciochesco que valora a Cervantes no por su capacidad para la ficción sino por su costumbrismo moralista. En eso co-

10. «Retazos de la novela inglesa titulada *Invanhoe*», en *Variedades*, I (1823-24), p. 31.

11. En «Revisión de obras. *Celestina*», *Variedades*, I (1823-24), p. 228.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.* p. 256. Véase a este respecto el trabajo de Erasmo Buceta, «La opinión de Blanco White acerca del autor de *La Celestina*», *Revista de Filología Española*, VII (1920), pp. 372-374.

incide, por ejemplo, con Cadalso, quien el prólogo de sus *Cartas Marruecas* habla del *Quijote* como «la inmortal novela en que [Cervantes] criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos». Por la misma razón Blanco considera una limitación entenderla, como se había hecho en tiempos anteriores, como un simple libro de risa. Y lamenta que los españoles del siglo XVII así lo entendieran, mientras encumbran injustamente a Lope de Vega, autor, en su opinión, notablemente inferior a Cervantes: «Si la fama de Cervantes creció de día en día en su patria, no fue tanto por el arte exquisito con que está escrita su obra como por lo divertido de su asunto. La prueba de esto se halla en la admiración con que, al paso que todo el mundo reía con el *Quijote* en la mano, daban el nombre de *Fénix* a Lope de Vega, autor tan inferior a Cervantes, que casi no puede entenderse cómo hay quien lo sufra después de haber leído las obras del verdadero *Fénix* de España»<sup>14</sup>. Lope, que «sobrepujó» a Cervantes en la capacidad para «representar» las historias, le fue, sin embargo, «inferior en talentos y verdadero genio»<sup>15</sup>. De ahí las reticencias de Blanco para aceptar la tabla de valoraciones vigente en aquel tiempo: «Hablan del siglo de oro de la Literatura Española; si por tal siglo entendemos el tiempo en que sus ingenios se esforzaban a remontarse a la altura que los talentos nacionales pudieran haber alcanzado, no sería difícil determinar la época. Pero el que entienda que el gusto y el saber estuvieron jamás bastante difundidos en ella para que la opinión pública acertase a dar la palma a quien la merecía, se engaña absolutamente. Véase si no la justicia con que Lope de Vega se llevó el aplauso nacional, en tanto que Cervantes escribía para tener que comer, y casi pedía limosna en sus prólogos»<sup>16</sup>.

Los escrúpulos de Blanco ante la figura de Lope hay que entenderlos como una muestra de los resabios ilustrados frente a la comedia española del Siglo de Oro. Pero la afirmación de la superioridad del genio cervantino apunta ya a una futura idea crítica de la que Blanco puede considerarse como uno de sus precursores, pues encuentra en la locura de don Quijote una «dignidad» que por desgracia no vio reflejada en los grabados de los ilustradores ingleses de la obra, que «no alcanzaron a reflejar, en general, el verdadero ideal de

14. «Esbozo de la historia del entendimiento en España», *Varietades*, I (1823), p. 111.

15 «El testimonio vengado, comedia de Lope de Vega», *Varietades*, I (1823-24), p. 247.

16. *Ibid.*, p. 253.

don Quijote. Éste es, en verdad, el defecto universal de las láminas y pinturas relativas al caballero andante de la Mancha. En ellas aparece como una burda caricatura; pero, a pesar de algunas indecisiones en el espíritu de Cervantes, es evidente que éste no concibió su don Quijote como un objeto de mofa. Hay una dignidad en su locura que sólo una mente vulgar, ya sea la de una Maritornes, ya la de una duquesa, puede dejar de advertir y respetar»<sup>17</sup>.

Respeto para la dignidad de la locura del héroe —la locura positiva de filiación erasmiana— es lo que Blanco parece reivindicar en este escrito de 1840 en el que, sin embargo, desliza una leve objeción al detectar en el espíritu de Cervantes «algunas indecisiones» en el trazado del personaje. Estas indecisiones procederían de la mezcla entre extravagancia y nobleza, entre la seriedad de don Quijote, prototipo de personaje caballeroso y modélico, y los disparates de su demencia. Y también de la dudosa eficacia «histórica» de un libro que, a pesar de su genialidad, cercenó en exceso la tendencia imaginativa de la literatura española:

«La afición de los españoles a obras escritas en estilo oriental y llenas de ficciones de encantos y de seres sobrenaturales, abrió, en mala hora, la puerta a mil extravagancias en la multitud de libros de caballerías. La inmortal obra de Cervantes hizo en breve que su nación diese en el extremo opuesto; y, de no gustar más que de hechicerías y vestiglos, vino a caer en una apatía de imaginación que no da ni admite una vislumbre del fuego que el clima y los árabes les comunicaron en otro tiempo. Yo confieso que, a pesar de mi admiración del *Quijote*, he tenido por muchos años la sospecha de que sus efectos morales y literarios no fueron favorables a la nación española. Esta sospecha crece en mí de día en día.

Es circunstancia bien notable que poseyendo Cervantes los sentimientos más delicados y caballerescos, de los cuales nos da una pintura admirable en su héroe, no echase de ver que el presentarlos combinados con locuras ridículas en una misma persona, y el hacer que estas locuras resultasen de las cualida-

---

17 «The pictorial Shakespeare», *The Cristian Teacher*, II, 7 (1840), en José M<sup>o</sup> Blanco White, *Obra inglesa*, con un prólogo de Juan Goytisolo, Barcelona, Seix Barral, 1974, pp. 326-327.

des más nobles del personaje, enlazaba para siempre lo ridículo con lo caballeroso, y el entusiasmo del valor y nobleza con la extravagancia y la locura. El alma de los pueblos modernos, el espíritu que los reanimó, dándoles individualidad y carácter después que la ruina del Imperio Romano dejó a la Europa exánime, se formó de la mezcla del valor y generosidad, sensibilidad y ardor de los del Mediodía. En semejante carácter la imaginación tiene el mayor influjo, mejor diré, sin ella no es posible que exista. Cervantes, sin intentarlo, le cortó las alas y contribuyó a la obra, en que la casa de Austria se empleaba, de reducir a los españoles a meros instrumentos pasivos con que establecer su despotismo. Los españoles del siglo XVII perdieron lo que pudiera llamarse el noble y generoso *quijotismo* de la edad anterior. Quedóles el valor obstinado con que pelearon bajo los Felipes contra su propia libertad y la de la Europa; pero de generación en generación fueron perdiendo aquella lozanía de ingenio, aquella esplendidez de carácter de que tantos rasgos vemos en la historia de los siglos catorce y quince, sin que reste nada más de lo que eran que una especie de fuego ahogado en cenizas.

No quiero decir que esto sea totalmente efecto de la obra del incomparable Cervantes; pero no puedo menos de creer que el *Quijote* contribuyó a producirlo. Dominaba, en verdad, en la nación española un mal gusto favorable a las ficciones extravagantes de los libros de caballería; pero esta afición debiera haberse corregido, no sofocado. Las armas de lo ridículo son instrumentos envenenados que en vez de cortar excrescencias, destruyen el total de lo que hieren»<sup>18</sup>.

Vemos en este interesante texto una restricción al *Quijote* realizada por Blanco desde una perspectiva ya enteramente romántica, salpimentada, desde luego, de no pocos resabios de extracción ilustrada. Perspectiva romántica porque al ponderar la verosimilitud estética de las narraciones inverosímiles, reivindica el valor de la imaginación y estima que, en ese sentido, el *Quijote* vino a eliminar la tendencia a

---

<sup>18</sup> «Sobre el placer de las imaginaciones inverosímiles», *Variedades*, I (1824, pp. 414-415.

lo maravilloso propia de la literatura anterior. Posición que recuerda el punto de vista de autores como García de la Huerta y Cadalso, quienes «critican a Cervantes que acabara con el espíritu caballeresco en España»<sup>19</sup>, si bien Blanco va más lejos y lo proyecta al plano de la teoría literaria al reivindicar una estética de la fantasía notoriamente exagerada por los libros de caballerías pero añorada después como una carencia en la creación literaria española, privada de la veta imaginativa que «el clima y los árabes le comunicaron en otro tiempo». Lamenta, pues, que la aparición del *Quijote* supusiera, paradójicamente, la desaparición de un «quijotismo» que, según él, animaba la vida y la literatura de nuestro país antes de la llegada de la dinastía austriaca, dinastía que, juzgada con criterios típicamente ilustrados, se ocupó —dice Blanco— de «reducir a los españoles a meros instrumentos pasivos con que establecer su despotismo». Es decir, el *Quijote*, en su intención de acabar con la fantasía caballeresca, se asocia, tal vez contra la voluntad del mismo Cervantes, a la labor negativa de los Austrias en el orden político e ideológico. En relación con esa visión positiva del «quijotismo» hay en este artículo otra idea que trasluce ya una sensibilidad romántica. Nos referimos a la consideración de don Quijote como personaje modélico y héroe a imitar en el sentido espiritual y moral, en su actitud de hombre.<sup>20</sup> Idea que tanto juego dará en el cervantismo de la primera mitad del siglo XX, y en especial en el juicio unamuniano.

Esa nostalgia del viejo orientalismo medieval de la literatura española, la alusión al clima como determinante de la fantasía popular y la correlación entre espíritu nacional y literatura son nociones de nuevo cuño y reflejan la tópica romántica que Blanco había asimilado en Inglaterra. Pero, según indicamos antes, este valioso artículo suyo sobre

---

19. Véase, a este respecto, J. Álvarez Barrientos, op. cit. p. 181. Y los trabajos de F. Etienvre, «De Mayans a Capmany: Lecturas españolas del *Quijote* en el siglo XVIII», *Actas del Coloquio cervantino*, ed. Th. Berchem y H. Leitenberger, Munster, 1983, pp. 27-47; José María de Cossío, «Don Quijote y los eruditos a la violeta», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, VIII (1926), pp. 232-233; y A. Ramírez Araújo, «El cervantismo de Cadalso», *The Romantic Review*, XLIII (1952), pp. 256-265.

20. En la línea que lo explica F. Aguilar Piñal, «Cervantes en el siglo XVIII» op. cit., p. 163, a cuenta de la visión que Quintana tenía de don Quijote como «el más discreto y virtuoso de los hombres». Y en el sentido positivo de la palabra «quijotismo» tal como lo vio la filosofía idealista alemana, como vivencia profunda y exaltada de cualquier ideal humano. Véase igualmente F. Aguilar Piñal, «Anverso y reverso del *quijotismo* en el siglo XVIII español», *Anales de literatura española* de la Universidad de Alicante, I (1982), p. 216.

«El placer de las imaginaciones inverosímiles», escrito en fecha tan temprana como 1824, mucho antes del triunfo del Romanticismo en España, no se libra en algunos puntos de sus deudas con la estética ilustrada, especialmente cuando el autor acusa a Cervantes de haber mezclado en demasía lo ridículo y lo noble, es decir, la grandeza moral de don Quijote con su tendencia a la «extravagancia y la locura», lo que indirectamente suponía, en opinión de Blanco, la relativización de esa misma grandeza. La mezcla de los valores estéticos era un postulado romántico que Blanco aquí no suscribe todavía como nota positiva del libro de Cervantes, sino que censura como tacha. En ese sentido alterna su modernidad crítica con su formación de base ilustrada, proclive al principio clasicista de la separación de los géneros. Y por ello refleja, sobre la referencia de un libro tan importante como el *Quijote*, esa simbiosis entre los esquemas heredados de su filiación dieciochesca y su proverbial espíritu curioso e innovador, abierto a los gustos modernos que por entonces triunfaban en Inglaterra.

En conclusión, será difícil encontrar en el ámbito de la transición entre Ilustración y Romanticismo españoles un autor más sostenidamente cervantino que José Blanco White. Leyó gozosamente el *Quijote* en su niñez, lo ponderó en su *Autobiografía* y le dedicó una y otra vez lúcidos artículos. Siempre lo estimó como un libro que había que entender más allá de la risa, y vio en la locura de don Quijote una dignidad que engrandecía al personaje y lo convertía en alto modelo humano. Y es muy posible que hasta se nutriera del libro para escribir su novela, escrita en inglés, *Vargas, a Tale of Spain*, anticlerical y de intención autobiográfica, referida a España y publicada en Londres en 1822.<sup>21</sup> Que no llegase a captar del todo el valor de la ambigüedad cervantina como parábola de la condición humana no es un reparo demasiado sustancial en fecha tan temprana. A cambio supo definir a este autor, con toda razón, como al verdadero Fénix de la literatura española. anticipándose así al juicio dominante en los tiempos modernos.

---

21. Es muy probable la conexión con Cervantes tanto en los personajes (por ejemplo, en el posible paralelismo Vargas-don Quijote y Padre Cachafuto-Sancho) como en el trazado de ambientes y lugares (así en las descripciones de ventas y caminos). En la actualidad prepara su traducción el profesor Antonio Garnica, de la Universidad de Sevilla, quien la publicará próximamente con un rico aparato de notas. Ello posibilitará, sin duda, un análisis más detenido de su cervantismo. Para otros aspectos de la novela *Vargas*, véase Antonio Garnica Silva y Jesús Díaz García, *Sevilla en la mirada del recuerdo (Textos de José Blanco White)*, Sevilla, Ayuntamiento («Biblioteca de Temas Sevillanos»), 1994, p. 149-173.